

sala. Ella obedeció dócilmente, con las manos cruzadas sobre las rodillas. Delante se sentó Julio. Cerraron las puertas quedando madre e hijo enfrentados, y el mago de pie detrás de ella.

Los alumbraba una sola lámpara desde un rincón. El mago impuso sus manos sobre la cabeza de la vieja y pronunció una larga letanía que duró alrededor de quince minutos. Julio no entendió nada de aquellas fórmulas, pero aseguró que mirando la punta de los dedos del mago sobre la cabeza de su madre silenciosa, sintió una especie de mareo y un apreciable dolor en las sienes.

Durante un par de días la vieja Paula anduvo sin acostarse a dormir. Con manos ávidas revolvió la casa, ordenando armarios y antiguas fotografías; después juntó objetos de cerámica y de cristal, con medallas, cadenas de oro y plata que distribuyó por montoncitos en la mesa de la sala. Nunca respondió a las preguntas y rechazó airada con ojos llameantes, las sugerencias de no meter mano en aquellas cosas. Las invitaciones a descansar fueron tercamente repudiadas. En un momento cogió un bastón para darle a Julio cuando la tomó por un brazo para llevarla a dormir. Se turnaban acompañándola en su largo ir y venir por la casa.

Al tercer día fueron otra vez en búsqueda del mago para recabar una explicación y nuevos auxilios. Al no hallarlo en su apartamento, indagaron en la oficina de Correos donde trabajaba como empleado; allí les comunicaron que el hombre había pedido permiso por un mes.

Las únicas palabras que le arrancaron en ese ajetreo fueron: «tengo que ordenar la casa». El crudo laconismo acompañado de la mirada vacía, contrastaba con la nerviosa gestualidad en sus asuntos. Empezaron los accesos de furia restregándose contra las paredes, desmelenada y con la ropa rasgada a tirones. Sujeta entre los brazos de sus parientes —o de Tomás que conservaba el espíritu decidido aunque perplejo por el ausentismo del mago—, la vieja Paula no daba muestras de conocer a quien la sostenía. El médico, después de observar los análisis que había mandado hacer, dijo que probablemente de ese empeoramiento no se recuperaría y que no sería descartable un posible derrame cerebral o un infarto. Le administró un poderoso sedante, y mandó que le inyectaran suero. Doña Paula durmió cuarenta y ocho horas seguidas. Al despertarse quiso merendar té con leche y tostadas. Luego la ayudaron a vestirse, para no contrariarla. Ella se levantó y anduvo rondando por la casa. No ya para acomodar nada, sino para observar con sombrío distanciamiento los arreglos que había realizado en días anteriores. Después entró al baño.

—Voy al baño—. Le dijo a la mujer de Julio como avisándole que ése no era asunto suyo.

Derribaron la puerta haciendo palanca con un hierro. La vieja estaba caída sobre el inodoro con las venas de las muñecas abiertas y un pezón rebanado con una navaja de afeitar. Todo lo que hicieron en la clínica de urgencias fue inútil para impedir la muerte.

Los amigos razonaron que quizás el mago transmitió una carga energética insoportable para el organismo de la pobre vieja, y que eso precipitó el final.

Todo lo que se habló después, en la fábrica y en las comidas de los domingos, que ahora acostumbraban a reunir a ambas familias, sirvió para reforzar esa idea. Todo, salvo la pregunta de la mujer de Julio sobre el paradero que habrían tenido el prendedor y la corbata que el mago pidió en aquella sesión. Eran cosas insignificantes, pero juzgaron conveniente que volvieran a la casa familiar. Tomás se apresuró en comprometerse a pasar uno de esos días por la oficina de Correos, para averiguar si aquel hombre había regresado. Por el respeto a los muertos, iba a recuperarlos.

**Rafael Flores**

